

# La Enseñanza.



REDACCION.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

Manuel Orozco y Berra.  
Hilarion Frias y Soto.  
Manuel Peredo.

## EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO I. }

MÉXICO, NOVIEMBRE 1º DE 1871.

{ NUM. 9.

### LAS MADRES DE FAMILIA.

#### LA PREDILECCION.

(Continúa.)

Cárlos y Julio no conocieron al pronto la predileccion de su madre, y así, solo atribuian la diligencia y cuidados que prodigaba entonces á su querido Eduardo, á las consideraciones que se deben á un convaleciente. El dolor que habia sentido por el enfermito, el temor de esponerlo aún al menosprecio y al disgusto que habia puesto su vida en el mayor riesgo, atormentaban á aquella madre demasiado sagaz, hasta el punto de que, pasando de un extremo á otro, descuidó por su causa á los otros dos. Sin embargo, cada vez que sus ojos se fijaban en Eduardo, se figuraba que Cárlos y Julio adivinaban su pensamiento, y entonces apartaba su vista al instante del tierno objeto de su predileccion, y la volvía á sus hermanos como en expiacion del

latrocinio que les hacia. Si recibia flores de sus tres hijos, las que presentaba el mas jóven se hallaban involuntariamente puestas en el pecho que le habia criado; pero bien pronto las arrancaba de allí el recelo de una preferencia culpable. No se pasaba un solo dia ni un solo instante sin que la infeliz madre no pugnase consigo misma, y no temiese turbar la paz de su familia con alguna palabra ó alguna seña.

Reinó siempre allí la mas agradable concordia en tanto que vivió el señor de Montcars, porque sus ojos vigilantes, fijos en su mujer, cuya debilidad sospechaba, y los consejos saludables que la daba cuando ella se dejaba llevar de las preferencias con Eduardo, mantuvieron el equilibrio de la ternura de ésta; pero aquel escelente padre, atacado de una enfermedad que le causaron los largos viajes y el escetivo trabajo, fué arrebatado repentinamente á su familia desolada, á un gran número de amigos que le estimaban, y á su país, al que habia servido mucho tiempo con honor.

Desde esta época funesta se entregó Madama de Montcars sin temor ninguno á toda su predileccion. Puso al instante á sus dos hijos mayores en un liceo, y se quedó con el tercero á su lado, bajo pretesto de que era todavía muy jóven, aunque tenia entonces doce años cumplidos. Se puede colegir fácilmente con qué cariño, con qué cuidados y agasajos trataría á aquel hijo querido: no tenia ninguno que la celase, ningun ojo indiscreto ó envidioso que pudiese incomodarla ni contenerla en la efusion de su corazon. ¡Cuánto cuidaba á Eduardo! ¡Cuánto le mimaba!..... Apenas se dedicaba algunos instantes al estudio que exigia su educacion, cuando se le distraia de él con un paseo que le proponia la madre con visitas en las que decia ella que se acostumbraba al trato de las gentes, ó con frecuentar los teatros, cosa que bastaba á su parecer para instruirse y formarle el corazon. Luego reunió Eduardo á estos hábitos peligrosos el de gastar dinero: le vestia el sastre mas de moda, y

siempre del paño mas rico; llevaba chaleco de casimir, corbata de musolina de gasa, su pantalon cerrado de casimir negro, medias de seda caladas, y el calzado mas elegante que habia, al paso que sus hermanos estaban vestidos de paño grueso azul del liceo, llevaban corbata negra, medias de algodon jaspeadas, y unos zapatos gordos claveteados. Interin que estos dos mayores estuvieron entregados enteramente á la carrera de sus estudios, no sufrieron nada con la estraña diferencia que habia entre ellos y su hermano el menor; y el placer de encontrarse en la casa paterna, adonde iban muy rara vez, y la dicha de ver á su madre, no les permitia notar la menor cosa: el deseo de ocupar los primeros puestos de la clase, de obtener un premio en la universidad, y ofrecer sus laureles á la que les habia dado á luz, eran sus mas dulces placeres y su ambicion única.

Sin embargo, el tutor judicial de sus hijos, que era un Consejero de la Contaduría mayor, y hombre de un mérito conocido, instaba frecuentemente á Madama de Montcars para que tomase con Eduardo el mismo partido que habia adoptado con sus dos hermanos. Al principio supo eludir con destreza esta intencion, y despues concluyó diciendo que su hijo tercero tenia una antipatía insuperable á todo lo que era ciencias ó literatura, y que no manifestaba inclinacion mas que á las artes. No teniendo valor para separarse de él, resolvió que viniese á su casa un maestro de lengua francesa, y le envió como discípulo al taller de un pintor célebre para que se dedicase á la profesion que era de su gusto, y para la que pretendia tener disposicion. Siguiendo por este medio, llegó Eduardo á la edad de diez y seis años sin saber nada mas que copiar una cabeza del modelo de yeso, estaba infatuado con su buena persona, corria con su madre los teatros, los bailes y los conciertos, gastaba él solo el doble de lo que gastaban sus hermanos, y se habia adquirido ya la reputacion de un tonto á la moda, de quien todos se burlaban; y Madama de Montcars, ciega con su cariño, le miraba como un prodigio de talento y de buen tono, y que seria algun dia el honor y el apoyo de su familia.

Acabaron luego sus estudios Carlos y Julio, habiendo tomado entre sus muchos compañeros aquel carácter varonil, aquella franca sencillez de los estudiantes, habituados á juntarse entre sí, y á no estimar á un jóven en mas que lo que se merece. Volvieron á casa de su madre á pasar el tiempo de vacaciones, y entenderse con ella y su tutor sobre la carrera que escogerian. Querian ser hombres útiles, y aprovecharse de los buenos estudios que habian tenido. Carlos queria seguir el foro de Paris, y Julio tenia la ambicion de reemplazar á su padre en el Consejo de Estado; y así se decidió que uno y otro estudiarian leyes; pero como Madama de Montcars vivia en la *Chaussée d'Antin*, y los dos jóvenes hubieran tenido que dar todos los dias un paseo muy penoso, les dijo ella que seria mejor ponerlos en una pension de latinidad, donde estarian mas á mano para seguir los cursos á que se destinaban. Los dos hermanos, que acababan de salir del liceo, en donde habian estado siete años,

y que pensaban repartir con Eduardo los placeres de la vida y las satisfacciones de la casa paterna, experimentaron por la primera vez una secreta envidia, de lo que Eduardo tuvo que sufrir bastante. Al principio se burlaban de su cuerpo afeminado y sus modales orgullosos. Eduardo, picado, quiso divertirse tambien con sus hermanos, burlándose de sus piés algo estevados, de su modo de hablar, en una palabra, de aquella especie de rusticidad que es el patrimonio ordinario de los jóvenes cuando salen del colegio; pero como él no tenia ni la instruccion, ni el talento de Carlos y Julio, tuvo que sucumbir en esta lucha desigual, lo cual ofendió su amor propio. Se dijeron palabras injuriosas; de las injurias pasaron á las amenazas..... preludio desagradable de la desunion que empezaba entre ellos, y presagio funesto de la discordia que los separaria para siempre.

(Continuará.)

## MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

### CAPITULO I.

#### PRINCIPIOS GENERALES.

[Concluye.]

#### XXX

La civilidad presta igualmente sus encantos á la sabiduría. Un hombre profundamente instruido en las ciencias divinas y humanas, pero que al mismo tiempo desconociese los medios de agradar en sociedad, seria como esos cuerpos celestes que no brillan á nuestra vista por girar en lo mas encumbrado del espacio; y su saber no alcanzaria nunca á cautivar nuestra imaginacion, ni atraerle aquellas atenciones que solo nos sentimos dispuestos á tributar á los hombres, en cambio de las que de ellos recibimos.

#### XXXI

La urbanidad necesita á cada paso del ejercicio de una gran virtud, que es la paciencia. Y á la verdad, poco adelantariamos con estar siempre dispuestos á hacer en sociedad todos los sacrificios necesarios para complacer á los demas, si en nuestros actos de condescendencia se descubriera la violencia que nos haciamos, y el disgusto de renunciar á nuestras comodidades, á nuestros deseos, ó á la idea ya consentida de disfrutar de un placer cualquiera.

#### XXXII

La mujer encierra en su sér todo lo que hay de mas bello é interesante en la naturaleza humana; y esencialmente dispuesta á la virtud, por su conformacion fisica y moral, y por la vida apacible que lleva, en su corazon encuentran digna morada las mas eminentes cualidades sociales. Pero la naturaleza no le ha concedido este privilegio, sino en cambio de grandes privaciones y sacrificios, y de gravísimos compromisos con la moral y con la sociedad; y si aparecen en ella con mayor brillo y realce las dotes de la buena educacion, de la misma manera realzan en todos sus actos, como la mas leve mancha en el cristal, hasta aquellos defectos insignificantes que en el hombre podrian alguna vez pasar sin ser percibidos.

#### XXXIII

Piensen, pues, las jóvenes que se educan, que su alma, templada por el Criador para la virtud, debe nutrirse únicamente con los conocimientos útiles que sirven á esta de precioso ornamento; que su corazon, nacido para hacer la felicidad de los hombres, debe caminar á su noble destino por la senda de la religion y del honor; y que en las gracias, que todo pueden embellecerlo y todo pueden malograrlo, tan

solo deben buscar aquellos atractivos que se hermanan bien con el pudor y la inocencia.

#### XXXIV

La mujer tendrá por seguro norte que las reglas de la urbanidad adquieren respecto de su sexo mayor grado de severidad que cuando se aplican á los hombres; y en la imitacion de los que poseen una buena educacion, solo deberá fijarse en aquellas de sus acciones y palabras, que se ajusten á la estremada delicadeza y demas circunstancias que les son peculiares. Así como el hombre que tomara el continente y los modales de la mujer, apareceria tímido y encogido, de la misma manera, la mujer que tomara el aire desembarazado del hombre, apareceria inmodesta y descomedida.

#### XXXV

Para llegar á ser verdaderamente cultos y corteses no nos basta conocer simplemente los preceptos de la moral y de la urbanidad: es ademas indispensable que vivamos poseidos de la firme intencion de acomodar á ellos nuestra conducta, y que busquemos la sociedad de las personas virtuosas y bien educadas, é imitemos sus prácticas en acciones y palabras.

#### XXXVI

Pero esta intencion y esta solicitud deben estar acompañadas de un especial cuidado en estudiar siempre el carácter, los sentimientos, las inclinaciones, y aun las debilidades y caprichos de los círculos que frecuentemos, á fin de que podamos conocer de un modo inequívoco, los medios que tenemos que emplear para conseguir que los demas estén siempre satisfechos de nosotros.

#### XXXVII

Á veces los malos se presentan en la sociedad con cierta apariencia de bondad y buenas maneras, y aun llegan á fascinarla con la observancia de las reglas mas generales de la urbanidad, porque la urbanidad es tambien una virtud, y la hipocresía remeda todas las virtudes. Pero jamas podrán engañar por mucho tiempo, á quien sepa medir con la escala de la moral los verdaderos sentimientos del corazon humano. No es dable, por otra parte, que los hábitos de los vicios no dejen campear en toda su extension la dulzura y elegante dignidad de la cortesania, la cual se aviene mal con la vulgaridad que presto se revela en las maneras del hombre corrompido.

#### XXXVIII

Procuremos, pues, aprender á conocer el mérito real de la educacion, para no tomar por modelos á personas indignas, no solo de eleccion tan honorífica, sino de obtener nuestra amistad y las consideraciones especiales que tan solo se deben á los hombres de bien.

#### XXXIX

Pero tengamos entendido que en ningun caso nos será lícito faltar á las reglas mas generales de la civilidad, respecto de las personas que no gozan de buen concepto público, ni menos de aquellas que, gozándolo, no merezcan sin embargo nuestra personal consideracion. La benevolencia, la generosidad y nuestra propia dignidad, nos prohiben mortificar jamas á nadie; y cuando estamos en sociedad, nos lo prohíbe tambien el respeto que debemos á las demas personas que la componen.

#### XL

Pensemos, por último, que todos los hombres tienen defectos, y que no por esto debemos dejar de apreciar sus buenas cualidades. Aun respecto de aquellas prendas que no poseen, y de que sin embargo suelen envanecerse sin ofender á nadie, la civilidad nos prohibe manifestarles directa ni indirectamente que no se las concedemos. Nada perdemos, cuando nuestra posicion no nos llama á aconsejar ó á reprender, con dejar á cada cual en la idea que de sí mismo tenga formada; al paso que muchas veces seremos nosotros mismos objeto de esta especie de consideraciones, pues todos tenemos caprichos y debilidades que necesitan de la tolerancia de los demas.

## VIAJE Y DESCUBRIMIENTOS DE LA SEÑORITA LENA, Y DE SU PRIMO EL CABALLERO FERNANDO.



### III

Pues como iba yo diciendo, después que el caballero Fernando le hubo desarrollado á la atónita primita Elena el vasto plan de su arriesgado é interesante viaje, se pusieron ambos á buscar en el mapa del Sr. García Cubas los países que aun están por descubrir. Echó de ver la señorita Elena que hay países rojos, países azules y países amarillos, y le ocurrió desde luego esta cuestion:

—¿Cuáles serán los mas bonitos?  
—Los mas bonitos son, dijo con acento solemne el caballero Fernando, los que no están marcados en el mapa.  
—No cabe duda.  
—Pues si quieres, esos serán los que tú y yo buscaremos por esos mundos de Dios.  
—¡Vamos!



### IV

Y como que la soledad, el aire libre, y el aspecto de la naturaleza son los medios mas á propósito para que maduren los grandes pensamientos, la señorita Elena y el caballero Fernando se bajaron al

jardin con ese objeto. Conmovida hasta lo sumo la señorita Elena, tardó un poco en decidirse á la grande empresa, lo cual era prueba de su circunspeccion, prudencia, y juicio, como que nunca deben tomarse resoluciones graves sin haberlas meditado antes, profunda y detenidamente. Pero al cabo dijo:

—¡Sí!

Entonces, para sellar el mútuo convenio, se dieron un apretón de mano con toda la solemnidad que lo grave del caso requería.

(Continuará.)

## CUENTOS DE MI ABUELO.

### LOS PAPELILLOS.

M. de Saint Víctor, antiguo agente de cambio, después de haberse visto padre de una familia har-to numerosa, tenía por único arrimo de su vejez á la hija mas jóven de cinco, que la muerte había respetado, y en la que reunía toda su ternura. Theonía, este era el nombre de la doncella, entraba apenas en su adolescencia; privada de su madre mucho tiempo había, y confiada al cuidado de una antigua y respetable ama que la había visto nacer, había contraído el hábito funesto de hacerlo todo á su fantasía, y no seguir mas que lo que su viva é inesper-ta imaginacion le dictaba; en pocas palabras, mandaba en casa de su padre, como si hubiera sido soberana señora de ella.

Las amables y tiernas prendas de su alma cedieron insensiblemente el puesto á una ridícula exigencia, y á una dureza tanto mas penosa, cuanto á menudo Theonía misma no echaba de ver el efecto que su mal genio producía sobre cuantos la cercaban. ¿Olvidaba un criado algun recadillo que la doncella le había encargado? le hacía los mas afrentosos cargos. ¿Tardaba otro un solo instante en acudir al primer campanillazo? era un delito irremisible, que le atraía siempre mil repasatas, y hasta la amenaza de ser echados de casa. ¿Pasaba la criada un solo hojal de la cotilla de Theonía? esta, toda colorada de la cólera, y pataleteando, gritaba con destempladas voces: «¡Me has atacado al revés; sois tan torpes y necias!.....» ¿La prendian? Theonía hallaba que no estaba bien rizado el pelo, que este le caía á los ojos, que la incomodaba, y apuraba su paciencia. ¿Le probaban un vestido? le iba horrosamente; no tenía gracia el talle, la guarnicion era una cosa chapucera, las mangas no estaban plegadas suficientemente, y otros mil defectos semejantes..... ¿La servía un criado en la mesa? nunca le daba los platos á su tiempo; siempre era menester, decia ella, pedir de beber muchas veces antes de lograrlo; ya le daban demasiada agua, ó ya demasiado vino. Todavía eran mayores sus reparos, cuando le traían el calzado nuevo; los zapatos eran muy estrechos, anchos, largos; le hacían un pié horroroso, y nunca eran del color que ella había encargado. Finalmente, parecia que todo concurría para desatinarla é impacientarla; y menos su padre, nadie al lado suyo podia sufrir la rareza é ímpetus de su genio.

Tanto antojo y tiranía llegaron á cansar en tal grado á todos los sirvientes de la casa, que los mas de ellos se quejaron altamente á M. de Saint Víctor y resolvieron dejar su servicio, por mas pesar que tuviesen de abandonar á tan buen amo. Este, que en lo interior de su corazon se dolía de la conducta de la hija, pero que no quería atraerla á la dulzura mas que con una traza que tenía discurrida tiempo había, exhortó á estos buenos sirvientes para que no hiciesen caso de las reprensiones y griterías de su hija; les recomendó muy particularmente que no diesen por respuesta á todo ello mas que la risa, ni obedeciesen jamas á sus órdenes siempre que las diese con dureza.

Fué seguido con toda fidelidad este consejo, y se bajó Theonía á almorzar con su padre. ¿La perezaba? nadie le mandaba con

con su cólera. Theonfa se quejó de ello amargamente á su padre, persuadida de que serian despedidos de casa los temerarios que habian osado faltarle al respeto hasta aquel grado; pero M. de Saint Víctor le dijo con toda la calma propia de un padre cariñoso y un ánimo observador: «Te quejas con razon, Theonfa mia; parece que todos nuestros criados han formado la resolución de no obedecerte ya; pero ¿no es mas bien falta tuya que no de ellos? Te he visto maltratarlos frecuentemente, y abusar de su servicio y paciencia. Tu misma anciana ama no está exenta de tu rigor; padece menos que los demas, porque te asistió en tu infancia, y te profesó todo el cariño de una madre. No echés en olvido, hija mia, que el medio mas seguro de vernos bien servidos, consiste en hacer que aquellos que la necesidad hizo criados, tengan gusto en desempeñar sus obligaciones. Voy á darte una prueba de esto; soy aquí el amo, y tengo facultad para mandar primero que tú; pero jamas dí á conocer esto á ningun criado mio; por lo mismo todos ellos me manifiestan tanto apego, que al parecer les eres tú indiferente...» Al acabar estas palabras M. de Saint Víctor, tira con fuerza y repetidas veces del cordón de la campanilla de su cuarto; al punto, y casi juntos entran todos los criados de la casa. «¿Qué le ha acaecido á su merced? dice al entrar el ayuda de cámara.—¿Está incomodado su merced? le pregunta su lacayo.—¿Se ha pegado fuego á la habitacion de su merced? gritó atropelladamente el cochero.—Si habrá sucedido algo á mi querida niña? dijo la anciana ama acudiendo toda azorada.—Bien te lo habia dicho yo, repuso M. de Saint Víctor á su hija..... No, queridos míos, añadió mirándolos á todos con un aire conmovido, nada me ha ocurrido: solo queria dar una prueba de vuestro celo á Theonfa, que pretende que no podia lograrse el menor servicio de vosotros.....» Cada uno de los criados, fiel á las órdenes de M. de Saint Víctor, que en aquel momento les hizo una señal de inteligencia, se retiró de nuevo sonriéndose, y mirando con lástima á su hija. Esta, mas furiosa que nunca, declaró á su padre que habia resuelto no dirigirles ya la palabra, y pasarse sin su asistencia. «¡Sírvese de ellos quien quiera! gritó con desentono: no, no quiero que un solo criado, ni aun mi anciana ama, pongan el pié en mi habitacion.—Buen medio, le respondió el padre, para que no interrumpán tus ocupaciones.—Lo haré todo por mí misma; haré mi cama, me asearé, y limpiaré mi habitacion.—Entonces estarás segura de que todo se hará á tu modo, añadió M. de Saint Víctor.—Y aun solícito, continuó Theonfa, que ninguno de ellos me sirva en la mesa; y para esto haré poner junto á mí una criada de las de caoba que están en el comedor, y en la que hallaré cuanto me sea necesario.—Apruebo tu plan, hija mia; y te prometo dar orden para que todo se haga á medida de tu voluntad.—Qué gusto tendré en probar á todos esos caballeros que podemos pasarnos sin su servicio; y que podríamos escusarnos de pagarlos, mantenerlos y colmarlos de regalos, que con frecuencia los convierten en otros tantos ingratos!—Yo deseo con ansia, Theonfa mia, que les des esa leccion.»

Desde aquel mismo dia nuestra jóven atolondrada se echó á sí misma de beber en la mesa, se dió los platos, y cortó pan, mirando sucesiva y maliciosamente á los criados que estaban á su lado, y que al parecer se asombraban de tanta mudanza..... Es verdad que rompió una jarra de cristal, un plato de china, y derramó un porcion de vino tinto en aquella parte del mantel que habia junto á ella; pero su padre le dijo con su acostumbrada dulzura: «Conviene ciertamente que uno pague el aprendizaje, y que se habitúe á todo.» Al volver por la noche Theonfa de la comedia, dobló cuidadosamente su ropa y cerró sus guantes y sombrerillo. Se presentó la doncella de casa para desatacarla, quitarle el vestido, y ponerle los papelillos, como acostumbraba

«No necesito de vd., le dijo, he comprado una cotilla para que me cubra por mí misma, y no tendré los pa-

último la anciana ama que la habia criado, á pedirle la llave de su cuarto para componer su cama, y acostarla segun su costumbre. Theonfa se la negó, por mas repetidas instancias que esta digna y escelente mujer le hizo.

Lo que mas particularmente acabó de asombrar á las gentes adictas á la casa, y á M. de Saint Víctor mismo, fué ver que en la siguiente mañana, la doncella frotase su cuarto, barriese, sacudiese con el plumero, levantase su cama, y lo pusiese todo en orden..... Es verdad que habia roto un espejo de tocador, rasgado un cobertor de muselina bordada, y derramado el aceite de una lamparilla sobre un canapé de Pekin azul celeste; pero su padre le repetia con su ordinaria bondad: «conviene ciertamente que uno pague el aprendizaje, y que se habitúe á todo.»

Theonfa quiso encender tambien su lumbre. Perrechada de un eslabon que la vieja le habia comprado en la víspera, se puso á echar lumbres en el pedernal, logró encender la yesca, y en seguida hacer arder muchos leños que habia amontonado en su chimenea..... Es verdad que se quemó algo los dedos, en los que se dió muchos eslabonazos; y que la escesiva porcion de leña que habia puesto en la chimenea, estuvo á pique de incendiar la casa; pero entrando muy oportunamente M. de Saint Víctor, se dió prisa á cortar el fuego, repitiendo siempre con cachaza: «conviene que uno se acostumbre á todo.»

De allí á algunas horas, bajó Theonfa al salon en que se hallaban reunidas muchas personas que estaban convidadas á comer. No pudieron menos de notar el desalifio que reinaba en la compostura de Theonfa. Su bata puesta de través formaba las mas ridículas arrugas sobre sus hombros. El nuevo corsé lazado por delante, pero demasiado apretado sin duda por abajo, subia tan arriba que nada se descubria del bonito cuello de la doncella, adornado en balde por ella con un rico y lucido collar. Su pañuelo puesto de lado ocultaba enteramente un hombro suyo, mientras que el otro quedaba del todo al descubierto. Su cintura compuesta con mucha gracia por delante, formaba por detras un nudo tosco y pesado, que hacia el peor efecto imaginable. Pero mas que nada lo que dejaba paradas á las gentes acostumbradas á ver el delicado prendido de Theonfa, era su pelo, que puesto por ella misma en papelillos no se rizaba de modo ninguno, caia lacio sobre su rostro, y cubriendo sus ojos hechiceros, le formaban una cara tan rara, que todos se echaron á reir y le preguntaron la causa de tan repentina mudanza. M. de Saint Víctor comunicó á todos los grandes planes de la jóven reformadora, y aparentó aprobarlos y celebrarlos.

Sin embargo, Theonfa se habia dado por muy ofendida de la general é irónica risa que su nueva compostura habia escitado. Lo que mas le habia llegado al corazon, era el oír decir que su pelo lacio y pegado á la frente, disminuia la finura de sus facciones. Consiente gustosa una doncella en presentarse con algun adorno de menos en su compostura; pero pasar por fea, cuando es bonita, es un martirio cruel, y lo era superior á las fuerzas de Theonfa. Esta, pues, formó el plan de ponerse de nuevo por sí misma los papelillos, para que sus rubios cabellos pudiesen rizarse y formar una *tito* undosa; hallándose sola por la noche en su cuarto, los apretó mas y mas con la media caña. Es verdad que se quemó la parte superior de una oreja, y que recibió una quemadura harto grande en la frente; pero se consoló, cubrió la cabeza con un gorro de dormir, y se quedó traspuesta con la dulce esperanza de presentarse en el siguiente dia mejor prendida que nunca, y probar con ello que podia pasarse sin todos.

Cuál fué, al despertarse, su sorpresa de ver que desatando su gorro de dormir, casi todos los papelillos caian á sus piés con sus respectivos mechones de pelo! Pasa temblando la mano por su cabeza, se abalanza para mirarse en un espejo, y reconoce entonces, aunque tarde, que la mediacaña, á que no estaba acostumbrada, se habia hallado mas caliente de lo que pensaba, y que todo su pelo estaba quemado. Un grito desesperado se le escapa en aquel momento. Atrae á su cuarto á todos los criados de casa,

quienes, escepto la vieja ama, se disponian á dar carcajadas; pero las lágrimas de Theonfa, que corrian con abundancia, los detuvieron. Al punto acude M. de Saint Víctor atemorizado igualmente con el grito que acababa de oír; y menos discreto que sus criados, luego que sabe lo que causa el sentimiento de su hija, no puede contener la risa á la vista de esta tierna cabeza medio rasurada, y cuyo pelo, chamuscado acá y allá, contrastaba tan singularmente con la bonita cara á que en la víspera servian del mas bello adorno.

Hubo necesidad de afeitar enteramente la cabeza de Theonfa; por espacio de mas de seis meses se vió reducida á llevar una peluca, que aunque casaba perfectamente con el color de su cabello, distaba mucho sin embargo de hacerle tan buena cara. Conoció entonces que es imposible vivir en la sociedad sin el sócorro de los que la componen. Confesó todas las faltas que habia cometido contra las personas apegadas á su padre, rogóles que las olvidasen y se volvió tan dulce é indulgente, como injusta y melindrosa habia sido antes. Todos volvieron á tener al lado de ella su acostumbrado servicio; y hallando todos en la acogida que les hacia Theonfa la recompensa de sus cuidados y diligencia, fueron doblemente solícitos en ejecutar sus órdenes y adelantarse á sus menores deseos.

Durante este tiempo, volvió á nacer el hermoso y quemado cabello de Theonfa, y se desterró la peluca. La doncella se volvió tanto mas linda, cuanto un aire de dulzura, y continua satisfaccion daba nuevo realce á sus gracias naturales; únicamente la quemadura hecha en la frente por la maldita mediacaña habia dejado una cicatriz, cuya señal fué indeleble; y siempre que Theonfa se miraba en el espejo, le decia al parecer este memorable vestigio: «el querer hacerlo todo, es superior á nuestras fuerzas; y quien quiera que seamos, necesitamos los unos de los otros.»

## CUENTECITOS Á MIS NIÑOS.

### V

#### DOMINGO, Ó EL NIÑO SOBRIO.

Habia en un pueblo un niño llamado Domingo. Era muy gordo, hermoso, fresco, alegre, del todo amable y de un corazon!... Nunca hubiera comido una pera ó manzana, sin ofrecer la mitad á sus amiguitos.

Un dia un señor de la ciudad le llevó confites y un grande turrón. Domingo miraba esas cosas con mucha aficion; pero ¡qué gozo cuando este señor le hubo dicho que todo eso era para él!

Domingo al instante llevó el turrón y los confites á sus padres; eso es para tí, Domingo, le dijeron, haz, pues, de ello lo que quieras. El padre, que conocia el buen corazon de este niño, hizo señal á dicho señor para que observase lo que Domingo haria. Apenas tuvo permiso de disponer de su turrón y confites, cuando se fué á buscar á algunos compañeros; juntó una media docena, y les repartió con igualdad dichos dulces, no guardando para sí mas que una porcion igual á la de los otros.

Era gusto ver esta pequeña reunion, devorando cada uno, en silencio y sin ceremonia, un gran pedazo de turrón que tenia en una mano, y en la otra un puñado de confites medio derretidos por el calor.

Entre estos niños se distinguia en particular Domingo, el cual hacia los honores de su merienda. Ninguna leccion de urbanidad habia recibido; pero su buen corazon se la suplía. Se ocupaba con tanta gracia de sus amigos, manifestaba tanta alegría de verlos contentos y dichosos, que era un pasmo.

Dicho señor, encantado de este amable niño, le acarició mucho, y le prometió procurarle el mismo placer al viaje siguiente.

Ved lo que ganan aquellos que no son golosos. Son estimados, son agasajados, y se les dá mil veces mas chochos que á los otros.